

GARCÍA AMILBURU, M. y GARCÍA GUTIÉRREZ, J. (2012) *Filosofía de la educación. Cuestiones de hoy y de siempre*. Madrid, Narcea/UNED.

Escribir un manual de filosofía de la educación entrado el siglo XXI es todo un reto. El resultado que se puede esperar de un trabajo que encara semejante desafío, pocos se podrán atrever a discutirlo, es incierto. No ha pasado quizá aún demasiado tiempo, poco más de tres décadas, desde que el filósofo Jacques Rancière sentenciara en su ya clásico para la pedagogía, *El maestro ignorante* (1981), que «el maestro atontador es tanto más eficaz cuanto es más sabio, más educado y más de buena fe». Y es que este texto de Rancière/Jacotot supuso un importante vuelco para todos aquellos que piensan desde la filosofía la educación y viceversa. Sin duda, ésta es una obra que ha dejado sobre la mesa de la educación un número destacado de interrogantes, así como una cantidad no menos numerosa de respuestas no encontradas –respuestas que parecen flotar en el aire, que diría el mismísimo Bob Dylan en su afamado estribillo de *Blowing in the Wind* (1963)–, que quizá sean la base del margen de maniobra posible que

hoy queda para la filosofía de la educación dentro del contexto académico de la pedagogía.

¿Es tiempo de seguir guiando la exploración filosófica de quienes se forman en las universidades para ser maestros, educadores sociales o pedagogos? ¿Se pueden establecer pautas, seleccionar autores, imponer temáticas, adoptar estilos, en un contexto de pensamiento donde figuras como el maestro ignorante, el profesor facilitador o el pedagogo acompañante se convierten en símbolos emergentes dentro del espectro del pensamiento educativo contemporáneo? ¿Es recomendable seleccionar clásicos de la pedagogía, acotar términos, hablar de ética del quehacer pedagógico, indagar en las posibilidades del derecho educativo, en un mundo donde la alegre novedad proclamada por Gilles Lipovetsky en su libro *La era del vacío* (1987, 36) es que «Dios ha muerto, las grandes finalidades se apagan, pero a nadie le importa un bledo»? ¿Será el momento, quizá, de poner en valor las palabras de un pensador tan a priori excéntrico como Rudolf Steiner que llegó a señalar que «todo lo que ocurre en el mundo exterior y que ha conducido a la presente catástrofe es, a la postre, el resultado de lo que se enseña en las universidades» (2008, 225)?

Todas estas son preguntas que quedan situadas en los bastidores del libro *Filosofía de la educación, Cuestiones de hoy y de siempre* (2012) escrito por María García Amilburu y Juan García Gutiérrez, profesores de filosofía de la educación que en la actualidad ejercen su labor docente en la Universidad Nacional de Educación a Distancia

(UNED). Un trabajo que por su contenido y estructura pretende ser una herramienta útil en el estudio de la filosofía de la educación para todos aquellos que se acerquen a esta disciplina. Siendo, sin duda, uno de los puntos a destacar que se trata de un texto cuya estructura sencilla y lenguaje claro permiten combatir la intuición que se expresa en sus páginas iniciales de que a la filosofía se le teme porque no se la entiende.

Este trabajo, con un acusado carácter reflexivo y sintético, muestra, a su vez, una constante intención por acercar la filosofía a la práctica docente, un propósito que dota a la obra de una frescura que nace de la práctica diaria. Por ello, uno de los elementos de mayor valor del texto reside en su carácter didáctico. Además, como señala Richard Pring en el prefacio, esta obra se suma a los esfuerzos que se vienen realizando para que la filosofía de la educación hoy día ocupe un lugar destacado en el discurso educativo.

De ahí que entre los temas que son abordados en el libro *Filosofía de la educación. Cuestiones de hoy y siempre*, puedan hallarse aclaraciones conceptuales de la filosofía en relación con la educación, su lugar dentro de las disciplinas pedagógicas, la importancia que tiene en el desarrollo de la tarea docente, la manera en que ayuda a definir las propiedades del hecho educativo o los ámbitos y modalidades en que se produce, ubicar los agentes que participan de la teoría y práctica educativa, su presencia en la historia y su evolución en el tiempo, así como el espacio que corresponde a la filosofía como disciplina dentro del campo de

conocimiento de la filosofía de la educación. A lo que se añade un estudio de algunos de los principales conceptos que todavía hoy tienen presencia para la comunidad científica internacional de la filosofía de la educación.

Un contenido posiblemente oportuno, aunque al tiempo atrevido, en un contexto en el que pensar el lugar que hoy puede, debe y quiere ocupar la filosofía en la formación de futuros maestros y profesionales de la educación es, cuando menos, problemático. Baste mencionar que autores como Jorge Larrosa vienen cuestionando la propia posibilidad que existe de pensar filosóficamente dentro de un contexto expresamente institucionalizado como lo son las facultades universitarias. Una crítica que el propio Larrosa ha planteado en los siguientes términos en el reciente artículo publicado en la prestigiosa revista *Educational Philosophy and Theory* con el título «Endgame: Reading, writing, talking (and perhaps thinking) in a faculty of education»: «Cuando los estudiantes hablan, siento que no son ellos los que hablan. Cuando hablan en el lenguaje del conocimiento, la única cosa que dicen es “soy un alumno”. Y este “soy un alumno” expresa embrutecimiento, así como humillación e impotencia» (p. 688).

El poso que queda tras la lectura de este libro es que la filosofía de la educación, dentro del ámbito de la pedagogía, es deudora de un camino ya recorrido que apenas significa nada en comparación con el camino que queda por recorrer. Una senda, como no podía ser de otra forma, de constante cambio. Un hecho que ya era percibido por los primeros pensadores presocráticos,

como Tales de Mileto, Anaxímenes, Heráclito, Parménides o Pitágoras, que veían en el cambio el motor del pensamiento; o, dicho de otro modo, el principio y el fin del camino. Un recorrido que, en última instancia, estimula el recuerdo y trae a la memoria la letra de la canción *Todo cambia* (1982) compuesta por Julio Numhauser y tan magníficamente interpretada por Mercedes Sosa: «Todo cambia, pero no cambia mi amor por más lejos que me encuentre ni el recuerdo ni el dolor de mi pueblo y de mi gente».

Patricia Quiroga